

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 31 DE AGOSTO DE 1924

NÚM. 20.464



POLICIA INDIGENA, dibujo de Agustín

A OCHO DIAS VISTA

El placer de lo dramático

El día, por las trazas ya cercano, en que la Policía dé con el paradero de las niñas secuestradas, la decepción de la gente va a ser grande si aparecen indemnes. Convendría, pues, ante esa eventualidad, que las autoridades y los reporteros se pusiesen de acuerdo para simular, en torno del suceso, algo que satisfaga el ansia de lo dramático, que tiene desveladas a las clientelas de los periódicos. El que se nos diga mañana que esas criaturas han mudado de cautiverio, volviendo al redil familiar sin un mal rasguño, nos va a dejar estupefactos. ¿Cómo es eso? ¿Con qué derecho se nos ofrece un secuestro sin tortura y sin novela? La gente que asiste a un suceso con barruntos de un drama no tolera que se le escamotee lo que ella ha presenciado. Procediendo con cierto instinto de lo que interesa al público, la Prensa se ha adelantado ya a nuestro consejo encartando en la aventura a dos o tres personas conocidas en el mundo literario. La calumnia, usada con cierta moderación, es la sal de este linaje de fábulas o leyendas, cuyo contenido histórico es lo de menos, si se ha logrado mantener al lector pendiente de la inventiva del periodista. Yo encuentro, sin embargo, que no se ha ido, en ese camino de la superchería, todo lo lejos que requieren las circunstancias. Complicar a dos escritores en el suceso, no es bastante. El lector tiene que sentirse forzosamente defraudado. ¿Habrá tiempo de suplir esa negligencia? Todo lo que no sea incluir en la historia del secuestro de las niñas a un obispo, un magistrado, un banquero, un general y un comerciante, miembros representativos de la sociedad, es empequeñecer el suceso. La obra se resiente ya de la monotonía de sus peripecias, y el lector empieza a bostezar. ¿No temen los periódicos que el tedio del público repercuta dolorosamente en la administración? En primer lugar, es preciso evitar el que las niñas aparezcan tan pronto como lo dan a entender los optimismos de la Policía. Un secuestro que ha durado tres meses, bien puede alargarse un poco más. Luego hay que ir pensando en intercalar en el suceso más nombres conocidos o, por lo menos, más iniciales que exciten la curiosidad. Ahora que la libertad de expresión de las ideas está limitada, freno que aprovechará a los escritores para el ahorro intelectual, es menester animar los periódicos con algo novelesco, en que el misterio y el drama anden confundidos. Hasta ahora, los excesivos escrúpulos de los reporteros han sido la causa de la escasa amenidad de esa fábula o historia de las niñas secuestradas. No se han atrevido a embrollar las cosas lo bastante para que su interés fuese creciendo.

De usted para mí, lector amigo, yo no creo que haya el menor elemento dramático en el secuestro de esas criaturas, a las cuales buscan ahora con un celo que no pusieron en guardarlas. Jack, el Destripador, no tiene émulos en España. No hay nadie en nuestro país que lleve la crueldad al extremo de secuestrar niñas para torturarlas. La gente se contenta, y eso en circunstancias muy excepcionales, con desahogar su mal humor a costa de los hijos propios, sin necesidad de perder tiempo en amaestrar criaturas ajenas. Ciertas crueldades que resultan de un exceso de civilización no se manifiestan en países atrasados. Ahí está si no, como ejemplo, el vampiro de Hannover, que según una estadística digna de veracidad, ha devorado a dieciséis personas. ¿Dónde ha ocurrido eso? En la culta y progresiva Alemania. Hombre cauto, el vampiro de Hannover operaba solo, no tanto, probablemente, por temor a que cualquier complicidad le comprometiera, como por no repartir los despojos de sus semejantes, quedándose él a media ración. Igual que la gula normal, la gula patológica aspira a la saciedad.

Otras de las conjeturas que se han hecho a propósito de la desaparición de las niñas, pretende dar a entender que han sido víctimas de alguna Celestina de esas que se lucran con la trata de blancas. Yo no comparto esa suposición. Son los actuales tiempos bastante corrompidos para que el vicio no se encubra con el misterio. La miseria, la relajación de la moral y la decadencia del sentimiento religioso están influyendo sobre las costumbres en un sentido que desconsuela a las personas decentes. De esa corrupción no está excluida desgraciadamente la infancia. Luis Bello, que a su gran talento de escritor une un corazón fértil en delicadezas, hacía notar, hace poco, en *Nuevo Mundo* que en ningún país se ven más niños a la intemperie que en España. De ese abandono de la infancia se dolía el ilustre literato con acentos vibrantes de ternura, que él, demasiado conocedor de nuestro modo de ser, sabe de antemano que no han de influir poco ni mucho sobre la acomodaticia moral de las familias. ¿Cómo no ha de haber secuestros todos los días si la desidia de las familias deja a los niños en la calle? A mi juicio, la desaparición de las criaturas que está buscando la Policía no es un indicio de crimen, ni autoriza a confundir ese suceso con un episodio de la trata de blancas. Tampoco es de creer que esas niñas hayan sido arrebatadas a sus familias por el fanatismo religioso de ciertas personas preocupadas de sustraer a la infancia desvalida de la corrupción social. Esas personas, si existen, no pueden haber llevado su interés moralizador hasta la imprudencia. En mi opinión, el

secuestro disimula intenciones más humanas. Hay matrimonios sin hijos que no saben cómo procurárselos. Acudir a la Inclusa es hacer frente a dos contingencias: la crianza de la criatura, expuesta a no pocos azares patológicos, y al temor a la reclamación maternal posible. ¿No es mucho mejor apoderarse de un niño ya criado para prohibirlo? ¿Por qué no admitir que haya personas dedicadas a ese negocio de proveer de hijos postizos a las familias que no lograron tenerlos por la vía normal? Que ese tópico sea odioso y vituperable, pase; pero que existe, es indudable. Ya verán ustedes cuando nuestra Policía agote sus pesquisas cómo se encuentra con eso.

Los marcianos y nosotros

La aproximación del planeta Marte a la Tierra, aproximación relativa, puesto que subsiste una distancia de cincuenta y seis millones de kilómetros entre aquel astro y nosotros, vuelve a encender la fantasía de algunos señores, empeñados en que Marte está habitado y en que los marcianos están haciendo lo posible por revelarnos su existencia. Ahora mismo acabo de leer que la estación radiotelegráfica de Point Grey (Vancouver) ha recogido diversos mensajes transmitidos por aquel planeta a través de las ondas hertzianas. Lo inquietante de la noticia es que no procede de charlatanes, sino de personas de cierta seriedad científica. Claro es que no se trata de astrónomos, sino de telegrafistas, y que su testimonio es menos de fiar; pero, al fin, trae una cierta garantía técnica que no puede ser desdeñada con un encogimiento de hombros. A la cuenta nos encontramos ante la repetición del mismo fenómeno aéreo que engaló, no ha mucho, al propio Marconi: unas vibraciones del éter, sin expresión concreta, de origen desconocido. De todas suertes, el caso va a dar lugar a la reaparición de las viejas y alentadoras hipótesis, ya traídas y llevadas por los periódicos, según las cuales, Marte, no solamente está poblado por una humanidad que se nos asemeja, sino que los marcianos se desviven por entenderse con nosotros. ¿Hasta qué punto son admisibles aquellas hipótesis? De Marte se sabe poco, y ese poco se ha vulgarizado ya tanto que el repetir lo es casi ofender la cultura del lector. Pero la tiranía de la actualidad nos absuelve de toda culpa, y Martes es, a la hora en que escribo, la actualidad celeste. Se ha hablado de los canales de Marte, y aun hay quien los admite. ¿Cómo no, si hasta el astrónomo Percival Lowell, continuador de Schiaparelli, los da como existentes? Sin embargo, hace ya tiempo que ese punto se puso en claro, quedando demostrado que los famosos canales, obras maestras de irrigación, según el astrónomo

americano, no son visibles mas que con telescopios de objetivo muy reducido. En cuanto la lente se amplifica, los menudos puntos, que aparecían seguidos y uniformes linealmente, se ven muy separados unos de otros, como manchas aisladas. Los observatorios de Lick y de Yerkes, que disponen de aparatos de observación muy grandes, han demostrado que los canales marcianos no tienen otra existencia que la que quiera atribuirles nuestra fantasía. Ahora bien; el que no haya canales en Marte no excluye la posibilidad de que aquel planeta esté habitado. Los telescopios han descubierto en Marte vastas extensiones polares nevadas, y algún astrónomo ha creído ver allí zonas de vegetación que, a ser ciertas, harían viable la suposición de la vida. Pero a eso ha contestado Newcomb, con el autoritarismo un tanto altanero que da el prestigio científico: «Las numerosas especulaciones a que se entrega la gente sobre la habitabilidad del planeta Marte son meras fantasías, que no se fundan sobre ningún hecho cierto observado directamente.» Pero hay en esa rotunda afirmación un equivoco. Al negar que Marte esté habitado, ¿se ha de sobreentender que, a semejanza de lo que sucede en la Luna, es imposible que germine allí la vida? ¿O habrá que admitir, por el contrario, la ingeniosa hipótesis de Svante Arrhenius sobre la fecundación interestelar? Según el eminente astrónomo sueco, producido una vez el milagro vital en cualquier parte del universo, ha podido ser transmitido de un planeta a otro. A ese germen elemental que transita sin descomponerse a través del vasto espacio sideral, le llama Arrhenius el *zoosporo*. Ese es, probablemente, el origen de la vida. No importa el que haya tenido que atravesar por las regiones interestelares, en las cuales las temperaturas son adversas a todo organismo vivo, por elemental que sea. Ese polvo henchido de germen no se descompone. La experiencia se ha hecho ya en la tierra, y ella demuestra que ciertas semillas son fecundas aún después de haber permanecido seis meses envueltas en aire líquido. Dentro de esa teoría pansérmica de Arrhenius se concibe que el germen vital, origen de todo lo que palpita en la tierra, haya podido transmigrar al planeta Marte. ¿Por qué no? Ya sabemos que las condiciones atmosféricas de aquel astro, y por lo tanto su presión barométrica, no son las mismas que en nuestro mundo; pero esas diferencias no se oponen a que la vida se haya revelado allí de algún modo. Los seres que lo pueblan no se ajustarán a nuestra morfología; pero ¿quién nos asegura que no nos igualan y aun superan en inteligencia? La verdad, por orgullosos que seamos, se nos hace un tanto cuesta arriba el admitir que Dios no ha do-

tado de pensamiento más que al misero planeta que habitamos. Tanta vanidad resulta intolerable aun en un literato...

Yo no sé si cuando estas líneas aparezcan impresas los astrónomos que han estado observando al planeta Marte con potentes aparatos podrán decirnos algo nuevo sobre la constitución interna de aquel mundo que vagabundea como el nuestro por el infinito. Veremos a qué resultados ha llegado Mac Afée con su espejo parabólico, de quince metros de ancho, y su gran cuneta de mercurio, servidos por un gran telescopio que amplificará por ese procedimiento seis veces el diámetro de su objetivo. La expectación científica es grande.

Manuel BUENO

AL REDEDOR DEL ESTILO

XIX

El susurro divino de dentro nuestro..., la voz íntima que nos viene de aquella voz pura y creadora que dijo: «Hagase», y quedó hecho... ¡la voz!

Se ha dicho mucho de la nariz de Cleopatra y del influjo que tuvo en los destinos de la civilización grecolatina. Pero... ¿y en la voz? ¿la voz de Cleopatra? Acaso se han conquistado más corazones con la voz, con la boca que habla, que con la mirada, con los ojos que miran y llaman. ¿Cómo sonaría la voz de Jesús cuando habló a la Samaritana? Hay una belleza íntima, hay un estilo en ciertas personas que sólo un ciego puede apreciar. Hay más veces que caras que no engañan. Y no es su timbre o su tono en el sentido acústico; es su estilo, el estilo de la voz. Es, a las veces, lo que llamamos tonillo.

Valle-Inclán me hacía notar una vez que Hernán Cortés, cuya espada era estilo, aplacaba un motín de aztecas haciendo rodar sobre sus cabezas y sus corazones una arenga en castellano—en extremeño—, lengua que los aztecas no entendían. Su voz mandaba. Su voz era un estilo que se imprimía en los corazones.

Y todo estilo escrito que no procede de estilo hablado; toda letra que no deriva de voz, de palabra, no es estilo, no es nada.

¿Hay un lenguaje oral y otro escrito? ¿Hay estilo oral? ¿Es acaso la oratoria una cosa y la literatura otra?

Ved que *rhétor* en griego es lo mismo que *orator* en latín y *hablador*—*decidor* más bien— en castellano, y que *retórica*, por lo tanto, viene a ser *oratoria* y... *habladería*. Y que literatura es otra cosa. ¿Qué le queda a un orador que no sea otra cosa, a un retórico que no sea literato, si le quitan la voz? Pero la voz, su modulación, es ya un estilo.

Se ha llamado a la lengua «la sin hueso». ¿Es esto así? Y en todo caso, ¿es el estilo hueso? Y no olvidemos que cabe dibujar la niebla. No sólo una nube, sino la niebla misma, que tiene contorno,

que tiene dibujo, que tiene estilo. Lo que nosotros decimos «hombre de carne y hueso», los ingleses dicen «hombre de carne y sangre»—*meat of flesh and blood*.

*

Todo lo que precede en este pequeño ensayo, en esta estrofa de la serie está escrito, aquí en París, sobre apuntes que saqué de Fuerteventura; pero ahora me encuentro con que no atino adonde iban a parar esas reflexiones erráticas sobre la voz, sobre el estilo de la voz. Creo recordar que me las sugirió el rumor incesante de la mar, su canto brizador de nuestras inextinguibles inquietudes. Allí empecé a comprender y sentir la música, a la que he sido siempre retuso. E inserté esas apuntaciones sobre el estilo de la voz, sobre la personalidad de la voz, sobre la esencia espiritual de la voz, oyendo la de la mar, que es voz, y voz más que humana. Porque el canto de la mar no es instrumental, es vocal. Y quise meter el sentido de su melodía infinita en la prosa continua, fluida de estos ensayos.

Pero ¿es que no se pierde así unidad? ¿Es que esta obra que llevo a cabo en estos artículos, distribuidos bajo cifras romanas, tiene armonía, tiene unidad armónica?

Con que tenga la del estilo, me basta. La reflexión del estilo es hacer estilo, y el estilo es lo único que da unidad íntima, viva y orgánica a una obra de arte. Todo lo demás es falsa unidad, es apariencia de unidad, es unidad superficial—de cáscara—, muerta y mecánica; es unidad de principio y fin. Y este río de sentimientos y de reflexiones sobre el estilo, ni en rigor ha tenido principio ni puede tener fin.

(Pero no se asuste el lector, pues, por razones de índole pragmática pienso darle fin, y muy pronto. Lo que no quita que en todo lo demás que escriba, sea lo que fuere, trate principal y esencialmente de estilo, aun sin nombrarlo. Lo que llaman filosofía crítica es una filosofía sobre el método, es una metodología, y lo que podemos llamar filosofía estética, o, mejor, filosofía imaginada y sentida, es una filosofía sobre el estilo. Sin que esto quiera decir que el estilo es método, o sea camino. El estilo es camino, y es a la vez lo que camina. O un camino que camina, como es un río. No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva.)

¿Incoherencia? ¿Divagación? Si hubiera escrito un tratado sobre el estilo, con rigurosa ordenación metódica, acaso con teoremas, con enredijos de positivismo psicológico, habría hecho algo que satisficiera más a los preceptistas; pero me habría sido imposible hacerlo en mi estilo; me habría sido imposible hacer estilo en él. Y, por lo tanto, allí no se habría tratado, en rigor, del estilo.

Todo tratado de poética que no escriba un poeta, carece de valor poético o creativo; no sirve ni para ayudar a hacer poesía ni a comprenderla. Y un poeta prefe-

re hacer poesía a escribir un tratado de poética.

Y luego, ¿crece el lector que la vida, que la vida fluida, que la sangre de la vida, y no su hueso—que es lo que sobrevive a la muerte total—, tiene otra unidad que la del estilo?

Y ahora os voy a contar lo que nuestro Galdós pensaba del estilo.

Miguel DE UNAMUNO

BREVIARIO HISTÓRICO

La infancia de un Monarca

Esse niño enteco, raquítico, de triste mirar y rostro melancólico, en el que está fuertemente impresa la huella de los Austrias, trasladado al lienzo por Juan Carreño de Miranda, fué el Rey de España D. Carlos II, último de su dinastía e introductor de los Borbones.

Vivió treinta y cinco años, y durante todos ellos no dejó de ser niño un solo día...

No parece sino que en su desmedrada humanidad se juntaron como furias, que le llevaron prematuramente al pudridero escorialense, la demencia de la Reina Juana, la perlesía del Emperador, la hipocondría de Felipe II y la abulia de su padre y de su abuelo, que fueron entrambos la rampa por donde comenzó a deslizarse el prestigio del poderío español.

Esta infeliz Majestad fué de aquellas criaturas que nacen ya con el estigma de su infortunio. De los que ya encuentran la cuna rodeada de gente infame, y si hubiese nacido en más baja esfera, quizás hubiese conocido las torturas del hambre y la crueldad de los golpes, propinados por los miserables que quisieron medrar al amparo de la explotación de su poca salud.

Así y todo, la debilidad física y el cretinismo del auguste Infante fueron aprovechados muy bien por las sabandijas palaciegas y los parásitos de la política bandolera...

La Reina madre no ocupábase más que de intrigar en contra de su hijastro D. Juan, que aunque no sacaba, ni con mucho, la hilaza insignie de aquel otro bastardo que dió a España tantos días de gloria, tenía alguna conciencia de lo que debe ser el gobierno de una República, y hacía cuanto estaba de su parte por que el Rey de España no fuese tratado como un pelele de Carnestolendas.

Teniendo Su Majestad la tierna edad de cuatro años, dióse comienzo a su instrucción; pero con tan poco cuidado, que iba a cumplir los dos lustros y apenas si acertaba a conocer las letras.

Su maestro, Ramos del Manzano, parece que de aquel plan de estudios que recibiera atendió sólo a lo superfluo, dejando para más adelante lo práctico.

Decía la principal de las tales instrucciones:

«La Doctrina cristiana conviene la aprenda luego, y que sepa ayu-

días, y que sea muy devoto del Santísimo Sacramento, por particular devoción de nuestra Casa, donde se le han seguido tantas felicidades, instruyéndole juntamente a que siempre que se levante y acostarse se humille ante Dios y ofrezca sus acciones, reconociendo de su divina mano el acierto de ellas. Y que aprenda luego a leer y escribir bien...»

La primera parte de este programa fué observado al pie de la letra, según requería el espíritu fanático de la época... Cumplía exactamente sus devociones, sabía multitud de plegarias, jaculatorias, más o menos discretas, hubiera podido ayudar a misa, no ya como un simple monaguillo, sino como el propio sacristán de la capilla palatina. Confesaba cada semana con fray Pedro Alvarez de Montenegro; pero, en cambio, no tenía noticia de ninguno de los ingenios que ennoblecieron el parnaso español durante el anterior reinado, aunque más no fuera, ni supo de más libros (sin acertar a leerlos) que aquellos de devoción que topaba en la cámara y en el oratorio de su madre.

Estas cosas trascendían fuera de Palacio y caían harto mal en la juiciosa opinión de las gentes sensatas, por cuanto sabíase que solía discurrir rectamente, y de vez en cuando daba respuestas tan acertadas que por ellas conocíase que, bien dirigido, acaso pudiera llegar a ser un buen Rey, aunque atendiendo a la intelectualidad de sus dos ascendientes próximos, era aventurado correr por el campo de los buenos propósitos...

Como dejado de su voluntad y libre albedrío, era voluntarioso; sus instintos se desarrollaban sin que hubiese una mano blanda que los podase.

No tuvo amor a su madre, porque no vivió bajo su tutela como hijo, sino como Rey, y, sin embargo, aunque hubo un tiempo en que, por consejos políticos, apartada de la Corte, nunca dijo mal de ella, aunque harto motivos tenía.

Para muy poco, por no decir para nada, tuvieron cuenta con aquellas otras advertencias sabias que suscribió, y no falta quien piensa que escribió el secretario de Estado D. Antonio de Alosa Rodarte, pues tanta sensatez no había que esperar de la Reina ni de sus consejeros eclesiásticos.

¿De qué aprovechó que se le ordenase a Ramos del Manzano que instruyera a Su Majestad en la estimación que debe hacer de la gente noble, de los capitanes y soldados, de los consejeros y ministros que sirven en la Administración de justicia, que unos dilatan y defienden el Imperio y otros le conservan, si los militares continuaban sin recibir sus pagas, como en los malos tiempos de los tres Felipes, y la Magistratura honrada andaba tan pobre que más le servía la toga de misera indumentaria que de insignia de su alto ministerio.

Pues y aquel otro párrafo en que se recomendaba que el auguste discípulo aprendiese las lenguas latina, francesa e italiana, por ser las más útiles para el go-

PAISAJE DE ALMAS

En la Moncloa :- Tarde primavera
Crepúsculo

bierno de la Monarquía, y que tenga noticia particular de todas las que se usan en sus Reinos», ¿de qué sirvió, si en todos los días de su vida no habló más que el castellano y alguna que otra palabra tudesca que espigara de oír a su madre el idioma natal?

En cambio, no anduvo lerdo el buen preceptor en procurar que el niño educando se adiestrase en algunos ejercicios, como «andar a caballo, danzar, esgrimir, tornear, jugar a los trucos y a la pelota»; pero de poco aprovechó que el discípulo no anduviera en estas enseñanzas tan torpe como en las otras, pues si aprendió a montar con gran gentileza, volvía la pelota tan bien como un mozo vizcaino y no jugaba mal la espada y la daga, no adelantó gran cosa la destreza de su cuerpo, que como la estaba más débil.

Al aire recio le llamaba fluxión a los ojos; los vaivenes del coche, por el endemoniado suelo de Madrid, producía mareos y vómitos; la fatiga de los deportes venía e hasta producirle calentura.

Como si aun fuese poca la ineptitud del maestro y la poca disposición del discípulo, el calendario, puesto de acuerdo con la etiqueta cortesana, sisaba al estudio los más días del año.

Había entonces muchas fiestas de guardar que ahora. La Iglesia se engalanaba entonces por muy poco motivo, y decretaba pecado mortal el trabajar mientras ella holgaba. Por cualquier fausto suceso, de dentro o de fuera del Reino, hacíase fiesta oficial, y se organizaban corridas de toros y juegos de cañas, a los que el Monarca era muy aficionado...

Diego SAN JOSE

El idioma español

Con la natural satisfacción vemos que los periódicos americanos continúan ocupándose de la difusión y depuración del idioma español para contrarrestar las medidas que el Gobierno yanqui lleva a efecto con toda actividad, a substituir el castellano por el inglés en aquellos países donde ejerce soberanía o simplemente influencia, como Filipinas, Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Panamá, Costa Rica, etc.

Últimamente se ha sumado a la categoría de periódico tan calificado como *El Internacional*, de San Francisco de California.

El Internacional aparece redactado en inglés y español, y algunas secciones en otros diversos idiomas, lo que no es obstáculo para que elogie el celo de cuantos se preocupan de la pureza del castellano.

Recuerda *El Internacional*, a este propósito, que entre los varios procedimientos que se practican para suplantar al castellano, es de los más peligrosos el que usan las Compañías americanas que obtienen concesiones especiales para explotar determinadas riquezas naturales en los países hispanoamericanos, y que consiste en fundar escuelas gratuitas junto a las factorías y talleres, no para enseñar el español, sino la lengua inglesa.

PERDONE usted..., me había parecido... ¡No, y no me equivoco! ¡Usted es Miguelturra!

—Sí, señor, el mismo; y usted don Prudencio.

—¡Pero, hombre, si es como de brujas!... Cuatro, cinco, seis, Dios sabe cuántos años sin vernos, y de pronto, ¡zas!, el encontronazo. Apenas le divisé a usted, a lo lejos, me dije: «¡Porral! ¿No es aquél Miguelturra?» ¡Y era Miguelturra, efectivamente!... ¡Hay cosas que si las contase uno!... ¡Mire usted que al cabo de los años mil encontrarnos aquí, en lo más agreste y solitario de la Moncloa! ¡Qué repajolera casualidad! Bueno; pero ¿ha estado usted en Madrid todo ese tiempo?

—Sí, amigo mío; no me he movido de Madrid, aunque me he movido mucho en Madrid. Usted conoce de sobra lo que llaman mis rarezas.

—Un poco...

—Desde que no nos vemos he vivido en ocho o diez sitios distintos: seis meses en la Prosperidad, cuatro en Pozas, tres en el barrio de Salamanca, uno en la Puerta del Sol. Luego alquilé un hotelito como una perrera en los Cuatro Caminos; más tarde, un cuarto en lo más chulón de Lavapiés, y de allí me fui, mes y medio, al Palacio...

—¿Y ahora vive usted en... la posada del Peine? ¡Ja, ja!... ¡Qué Miguelturra tan famoso! ¡Siempre el mismo: siempre a puñetazos con el método y con el orden; siempre «bolcheviki», y siempre... la persona más buena que he conocido! No lo niegue usted, Miguelturra: la hombría de bien le rezuma como el agua en los botijos... ¿Nos sentamos en aquel banco de la izquierda?

—Como usted guste. Sentémonos.

—¡Ajajá! Lo «agradecen» las piernas, ¿eh?...

—¡Sí, por cierto! ¿Quiere usted fumarse este «rubio» escogido? Tengo una estanguera en la Red de San Luis que quita toda la cabeza...

—¡Caray, Miguelturra!... «¿Todavía?»...

—¡No, hombre, por Dios! Digo que quita «toda la cabeza» escogiendo puros de los que a mí me gustan: suavécitos, sequitos, que «tiren» bien.

—¡Ah, ya!

—Bueno; y volviendo a la conversación de antes, ¿qué ha sido de su vida de usted?

—Pues al revés que usted, yo llevo cuarenta y dos años en la misma casa. Ya sabe usted dónde, en la calle de la Luna, casi al lado de la farmacia célebre del doctor Garrido. ¡Tengo horror a las mudanzas, sobre todo por mis libretos queridísimos e innumerables!

—Y además por no alterar la costumbre...

—¡También! ¡Lo confieso! De mis ocupaciones..., las de siempre. Si go dedicado a la Filosofía.

—Y a la higiene, ¿no?

—¡Llámelas usted hache! La higiene es una parte muy importante de la Filosofía. La higiene es madre de la moral, nada menos. ¡El primer moralista fué el primer hombre que se lavó la cara.

—Y el primer enemigo de la moral, el primer hombre que se lavó las manos...

—Bueno, bueno, puede usted «pitorearse» a su antojo. Pero no me negará usted que la higiene y la moral tienen idénticos adversarios: la suciedad, las casas infectas, la mala alimentación, el alcoholismo. Deme usted un pueblo que se lave a menudo, que se alimente bien, que viva en buenas casas y odie el alcohol, y le daré a usted un pueblo virtuoso, robusto, sano de cuerpo y espíritu. De padres sucios, alcohólicos, mal comidos, hijos degenerados e inmorales.

—¡Por eso, sin duda, usted, don Prudencio, se preocupa tanto de atemperar su vida a la higiene! ¿Quiere usted hacer patria?

—¡Guasón! De sobra sabe usted que soy viudo y sin descendencia.

—¡Entonces de bastante le sirve a usted la higiene!

—¡Ya lo creo que me sirve! ¡Como que, gracias a Dios y a ella, puedo llevar sin dolores ni alifanfes mis sesenta y cuatro años cumplidos, que ya son años!... ¿Y sabe usted una cosa, Miguelturra? La higiene es cuestión de método, que usted no puede ver ni en pintura. ¡Hay que reglamentar, hay que sistematizar la vida, si se quiere ser un hombre sano, que es lo mismo que decir hombre moral!

—Pero, don Prudencio, ¡caracoles! ¿usted cree, por ventura, que yo soy Casanella?...

—¡No, amigo mío; usted es un hombre aparte, un rebelde, un inquieto; pero... un pedazo de pan! ¡Si acaso un «terrorista»... de los relojes, los cuales suprimiría usted muy a gusto, porque los odia!... Y lo que no me explico es que con ese carácter independiente y con ese temperamento «revolucionario» haya usted sido militar; porque usted ha sido militar, si no me equivoco...

—Sí, señor, y dejé la carrera por no ascender a jefe.

—¡Miguelturra!

—Lo que usted oye; soporto con relativa paciencia que me manden...; ¡pero mandar a los otros? Hasta capitán, perfectamente; todo el mundo, o casi todo el mundo, me mandaba y yo obedecía refunfuñando; pero cuando me dijeron que iba a ascender a comandante, colgué el uniforme, diciendo: «¡Jefe?... ¡Ni de mí mismo!» Y aquí me tiene usted, de paisano y en plena anarquía, según su opinión. ¿Me canso de una casa? ¡Tomo otra! Como a la hora que tengo apetito..., sea lo que sea. Paseo unos días hasta rendirme, y otros, no me levanto de la cama. No uso reloj; no me importa

nunca la hora que es; odio, como usted dice, ese «chisme» antipático que convierte el tiempo en un verdugo y en tiranas a las horas. ¡El único progreso verdadero de la industria ha sido ese de abaratar los relojes! ¡Ya están al alcance de todo el mundo, y por eso nadie los quiere! ¡Ni siquiera los roban!...

—¡Pero, hombre, por Dios, venga usted acá: sin medir el tiempo no hay orden, sin orden no hay higiene, sin higiene no hay moral y sin moral no hay vida posible! Y no continúo... porque son las siete y media, que es «mi» hora de volver a casa para cenar a las ocho y media en punto. ¡Oh, sí, Miguelturra, yo le convencería a usted, qué duda cabe, de que una existencia metódica, ordenada, con las mismas ocupaciones y los mismos recreos a las mismas horas, con una alimentación de régimen..., con un sueño medido y con algo de filosofía, hace dichoso al hombre, prolongando su ancianidad en una especie de veranillo de San Martín! ¡Metódicese usted, reglámentese usted, querido Miguelturra! Ya usted y yo hemos pasado, con mucho, de los cincuenta..., y ¡así es la vida! Hasta los cuarenta, se poetiza; hasta los sesenta, se filosofa, y a los setenta...

—¡Se muere uno!

—Yo pienso pasar de esa edad, si Dios quiere..., y con mi método. ¡Las ocho menos cuarto! ¡Zambombal! ¡Adiós, Miguelturra, tanto gusto!... Ya sabe usted donde me tiene..., donde siempre..., en la calle de la Luna, junto a la botica de Garrido, principal derecha.

—Y usted a mí en... Marte.

—¿Cómo en Marte?

—Sí, señor... ¡Mírela usted allí, cómo brilla! ¡Estoy pensando mudarme a ese planeta! Lo que pasa es que no sé cómo... Se debe vivir en él admirablemente, sin método, sin lógica, sin orden y... sin relojes. ¡Mi ideal!

—Vaya..., vaya... ¡Adiós, Miguelturra; hay que buscar ese «tornillo» que se le ha perdido a usted! ¡Claro que con esa vida tan desordenada, usted acabará en... Marte!

—¡Y usted en... la calle de la Luna! Total...

—¡Hombre, le diré a usted!... Es decir, no; no puedo decirle a usted ni media palabra más. ¡Las ocho menos cinco! ¡Me ha partido usted por el eje... la cena a las ocho y media, que es mi hora! ¡Adiós, «bolchevikista»!

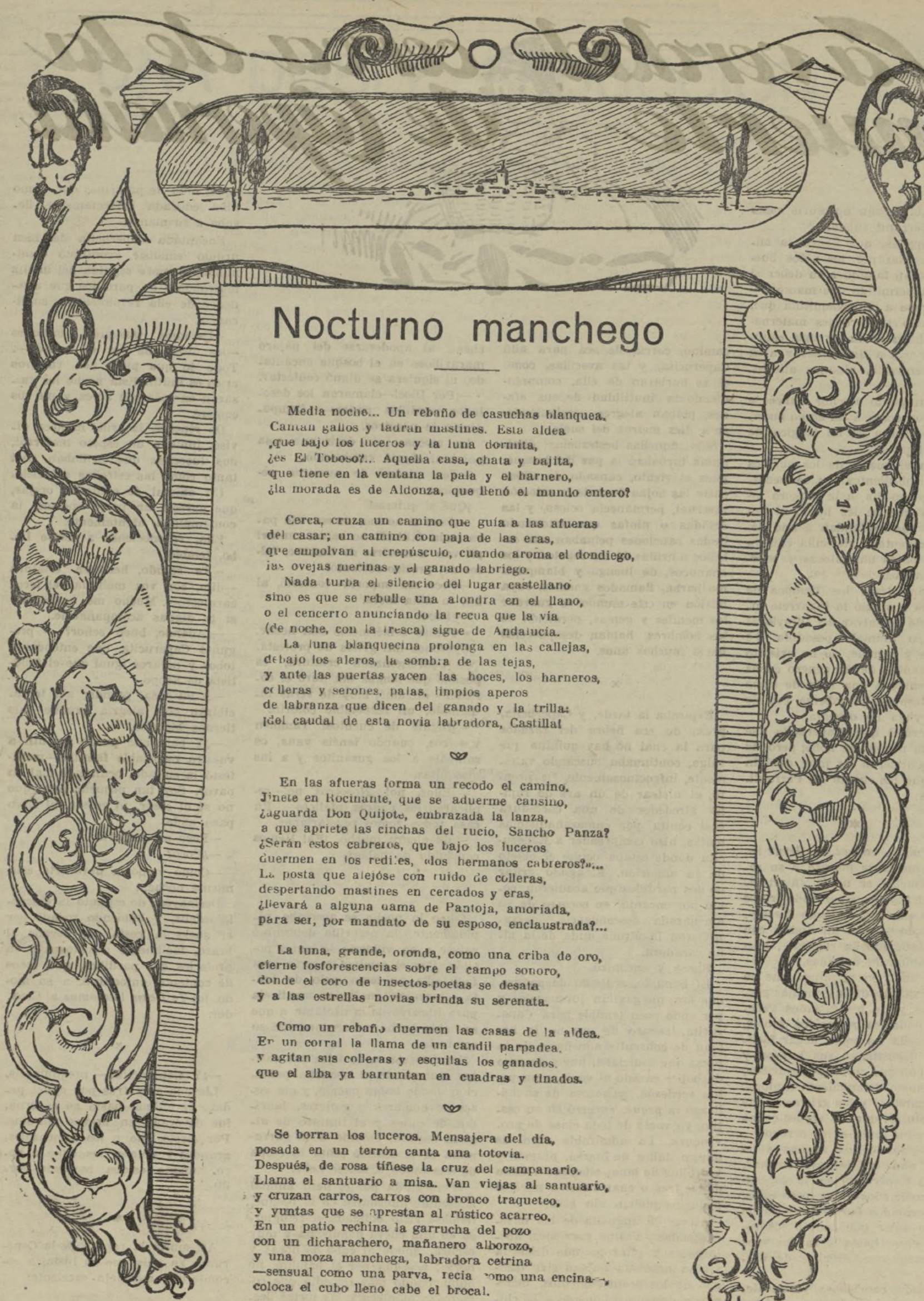
Y don Prudencio se aleja por un sendero, ya en sombras, mientras Miguelturra permanece sentado en el banco, sonriendo a una estrella...

CURRO VARGAS

Quiosco de EL IMPARCIAL

:- Anuncios :-
Suscripciones
:- Esqueles :-

Calle de Alcalá
(esquina a Barquillo)



Nocturno manchego

Media noche... Un rebaño de casuchas blanquea,
 Cantan gallos y ladran mastines. Esta aldea
 que bajo los luceros y la luna dormita,
 ¿es El Toboso?... Aquella casa, chata y bajita,
 que tiene en la ventana la pala y el barnero,
 ¿la morada es de Aldonza, que llenó el mundo entero?

Cerca, cruza un camino que guía a las afueras
 del casar; un camino con paja de las eras,
 que empolvan al crepúsculo, cuando aroma el dondiego,
 las ovejas merinas y el ganado labriego.

Nada turba el silencio del lugar castellano
 sino es que se rebulle una alondra en el llano,
 o el cencerro anunciando la recua que la vía
 (de noche, con la fresca) sigue de Andalucía.

La luna blanquecina prolonga en las callejas,
 debajo los aleros, la sombra de las tejas,
 y ante las puertas yacen las hoces, los harneros,
 colleras y serones, palas, limpios aperos
 de labranza que dicen del ganado y la trilla:
 ¡del caudal de esta novia labradora, Castilla!

En las afueras forma un recodo el camino.
 Jinete en Rocinante, que se aduerme cansino,
 ¿aguarda Don Quijote, embrazada la lanza,
 a que apriete las cinchas del rucio, Sancho Panza?
 ¿Serán estos cabreros, que bajo los luceros
 guerren en los rediles, «los hermanos cabreros?»...
 La posta que alejose con ruido de colleras,
 despertando mastines en cercados y eras,
 ¿llevará a alguna dama de Pantoja, amoriada,
 para ser, por mandato de su esposo, enclaustrada?...

La luna, grande, oronda, como una criba de oro,
 eierne fosforescencias sobre el campo sonoro,
 donde el coro de insectos-poetas se desata
 y a las estrellas novias brinda su serenata.

Como un rebaño duermen las casas de la aldea.
 En un corral la llama de un candil parpadea,
 y agitan sus colleras y esquillas los ganados,
 que el alba ya barruntan en cuadras y tinados.

Se borran los luceros. Mensajera del día,
 posada en un terrón canta una totovía.
 Después, de rosa tiñese la cruz del campanario.
 Llama el santuario a misa. Van viejas al santuario,
 y cruzan carros, carros con bronco traqueteo,
 y yuntas que se aprestan al rústico acarreo.
 En un patio rechina la garrucha del pozo
 con un dicharachero, mañanero alborozo,
 y una moza manchega, labradora cetrina
 —sensual como una parva, recia como una encina—,
 coloca el cubo lleno cabe el brocal.

Con gozo,
 luego, desde las bardas, dice adiós a un buen mozo
 que—la burra de reata—al campo se encamina.
 .. Rauda, de un cobertizo vuela una golondrina...

Miguel de CASTRO

La verdad cerca de la muerte de Caperucita



CAPERUCITA Roja no murió como M. Perrault supone.

Los ángeles, que tienen la misión de velar por los niños buenos, habrían faltado a su deber si hubiesen permitido que maese Lobo devorase a una chiquitina que, cumpliendo las órdenes maternas, acababa de hacer una caminata penosa, a fin de llevar a su abuela, enferma, algunos alimentos.

Al distinguido escritor francés le engañaron como a un chino cuando le contaron el fin trágico de Caperucita.

Ni las chicleas de los pueblos son tan obedientes que se acuesten en pleno día, a la primera indicación que se les haga, ni tan simples que confundan a una débil y desdentada viejecilla con un lobo de patas musculosas y enormes colmillos.

Además, desde los tiempos de Noé, que nos hizo la jugarreta inefable de salvar del Diluvio al antipático animal, pesadilla de pastores y zagalas, no ha existido un gargantúa de ese género capaz de zamparse a una niña de cinco años, después de haberse comido a una vieja de ochenta.

Es verdad que Caperucita fué devorada por maese Lobo; pero las cosas ocurrieron de muy distinta forma que las cuenta M. Perrault. Veréis:

*

Caperucita, en vez de llevar inmediatamente la pitana a su señora abuela, se había entretenido en el bosque, goloseando frutos de varias clases, cogiendo flores y, sobre todo — era un diablo con falda corta aquella rapaza —, buscando nidos de avejillas.

Sabía la traviesa pitusa que no sólo en lo alto de las encinas corpulentas y de los castaños venerables y de los retorcidos robles, adonde ella no podía llegar fácilmente, depositaban sus huevos y guardaban sus crías los pajarillos, y con sumo detenimiento exploraba los zarzales y las grietas de las rocas, sin olvidar las verdes cañas que crecían junto a los arroyos.

Abandonando las anchas veredas y aun las ínfimas trochas, buscaba Caperucita en la espesura los codiciados nidos; pero éstos, como formados por materiales de idéntico color que cuanto los rodeaba, eran, hasta para los ojos más perspicaces, difíciles de descubrir.

Cogiendo, caprichosa, ya un alelí rojo, ya una de esas violetas llamadas de todo tiempo; recurriendo, cuando la gazuza apretaba, a los comestibles destinados a mamá-abuela; regalándose con las fresas silvestres que hallaba en su

camino, corría de acá para allá Caperucita, y las avejillas, como si se burlaran de ella, comprendiendo la inutilidad de sus afanes, piaban alegres persiguiéndose a diez metros del suelo.

Sólo aquellas bestezuelas diminutas turbaban la paz del bosque, pues el viento, cansado de silbar entre las hojas durante la estación invernal, permanecía ocioso, y las driadas o niñas que entonando lindas canciones peinaban sus cabellos a orillas de los regatos, y los enanucos, de lengua y blanquísima barba, llamados gnomos, cuya misión en este mundo es guardar los metales y gemas, perdición de los hombres, habían desaparecido hacía muchos años.

x

Expiraba la tarde, y Caperucita, presa de esa fiebre del cazador para la cual no hay quinina que valga, continuaba buscando vanamente, infructuosamente. De pronto, el aletear de un ave de rapiña alrededor de una cortadura casi oculta por enmarañadísimas matas, hizo comprender a Caperucita dónde estaba oculto el objeto de su ambición. El agudo gritar de dos pardillos que acudieron, como por encanto, en socorro de su amenazada descendencia, desvanecieron la última duda de la niña cazadora.

Buscó y encontró.

El bandido, sediento de sangre, que era un gavilán jovenzuelo, y por ende poco temible para Caperucita, seguro de que no le habían de consentir adueñarse de la presa que codiciaba, huyó, después de haber cazado al vuelo a un pobre verderón, y gozosa de su hallazgo la peque, encerró en su cestito, ya vacío de toda clase de provisiones, la admirable obra de musgo, tallos de hierba, plumón y vedijillas de lana, albergue y cuna donde tres o cuatro recién nacidos polluelos piaban sin cesar.

Al ver la angustia de los miseros padres, varios gorriones, abejarrucos y piti-rojos que desde la vecina arboleda habían sido testigos de los acontecimientos, increparon destempladamente a la chiquitina.

—¡Suelta eso, ladrona! Deja lo que no es tuyo, infame!

Caperucita, como la princesa Parizada de «Las mil» y una no-

ches, al apoderarse del pájaro maravilloso en el bosque encantado, ni siquiera se dignó contestar.

—¡Por Dios!—clamaron los desolados pardillos padres—. Compádecete de nosotros.

La mocosa, sin decir una sola palabra, siguió caminando.

—Ten piedad de nuestros pequeños.

—¿Que si quieres!

—¡Pero si no han de servirte para nada útil! ¡Si no saben cantar! ¡Si van a morir de hambre, faltos del preciso sustento!

—Poco me importa—contestó, al fin, la niña mala.

—¿Poco?

—Pienso comérmelos esta noche. Oyéronse mil gritos de protesta.

—¡Desvergonzada criatura, es posible que tengas tan duro el corazón!—exclamó, muy de veras indignado, un respetable colorín.

—¡Déjate de cuentos! También vosotros, cuando tenéis gana, os zampáis a los gusanitos y a las mosquitas.

—¡Ellos, no! ¡Nosotros, no!—replicaron los padres infelices—. En casa todos somos vegetarianos.

—Me alegro mucho. ¡Eal Hemos concluido de hablar.

x

Como la noche se acercaba rápidamente, la pecorilla determinó volver a su villorrio lo antes posible. Por el camino la sería bien fácil—ella no tenía pelo de tonta—inventar cualquier mentireja para librarse de la azotaina a que se había hecho merecedora con su conducta.

Ya divisaba a lo lejos las casitas blancas de la pequeña población donde había nacido, y oía voces de hombres y mujeres, ladridos de canes y el tintineo de alguna esquílla, cuando a la gurrumina se le ocurrió echar la culpa de sus faltas a maese Lobo.

«Perseguida por el fiero animal a poco de internarse en el bosque, habíase visto obligada a refugiarse en una cueva hondísima y muy oscura, donde al cabo de horas y horas, acosada por el hambre, no había tenido más remedio que comerse la manteca y las tortas destinadas a la abuelita. ¡Ah! Y al salir de su escondite, al oscurecer, que fué cuando la terrible alimaña se cansó de rondar por los alrededores, había se encontrado

aquel nido de pajarines que, como niña educada perfectamente, llevaba a su mamá.»

Encantada Caperucita del bien urdido embuste, continuó caminando, siempre seguida del infeliz matrimonio de pardillos que alrededor de ella revoloteaban suplicantes.

—Dejadme tranquila, bribones —les decía de vez en cuando—. Todo lo que piéis por vuestros crios es inútil. Esta noche los guisarán en casa con arroz y me los comeré.

De repente, la cruel muñeca divisó, junto a un espeso matorral, dos lucecitas que brillaban casi tanto como las estrellas del cielo.

Un animal de enhiestas orejas, que parecía un perro enorme, la contemplaba atentamente.

Ella, reconociendo a maese Lobo, tembló.

—Te saludo, hermosa criatura —dijo, con voz meliflua, el feroz carnicero—. Mucho me agradarás si te dignas acompañarme.

—¿Adónde, buen señor? —preguntó Caperucita, que entendía a lobos y pájaros igual que el fabulista de Esopo.

—A mi casa, prenda; allí te recibirán con alegría grande mis tiernos hijuelos.

—¿Y para qué puedo ser útil a vuestra respetable familia?—manifestó la cuitada, ocultando mal su pavor. Soy tan pequeña aun, que no sé ni coser, ni guisar, ni sirvo para nada.

—Poco me importa.

—¿Poco?

—Como vamos a devorarte esta misma noche...

Desmayóse de espanto la chicuela infeliz, y habiendo rodado por el suelo la cesta que llevaba al brazo, fácilmente rescataron a su prole los dos pardillos, que, locos de contento, entonaron, a su modo, un *Te Deum laudamus* al Creador.

x

—¿Y Caperucita? —preguntaréis.

Llevada a rastras por aquel pedazo de animal hasta su caverna, fué devorada en breves minutos. Por cierto que a los comensales, grandes y chicos, les supo a poco, aunque estaba bastante gordita.

*

Así murió la rapaza de la Caperucita. Ya véis que su historia esconde una moraleja excelente:

Que no debemos hacer a los demás lo que lamentaríamos que nos hicieran.

José F. AMADOR DE LOS RIOS

UNA DOBLE SEDUCCION

NOVELA CORTA, ORIGINAL DE E. CONTRERAS Y CAMARGO

Solo en la vida a los veintiséis años, Alberto Osuna, a pesar de su escasa experiencia, no se contaminó de aquella vanidad del mundo frívolo y engañoso en que vivía.

Le hubiera gustado disfrutar de una existencia regalada y alegre; pero como sus medios eran exigüos y grandes su ecuanimidad y su sensatez, supo privarse de todo aquello que no podía costear, reduciéndose a los límites de modestia que, en cambio de los gozos que le vedaba, asegurábale un porvenir sin sobresaltos.

Sabiendo lo que en la sociedad que él frecuentaba valen los bienes de fortuna, en lo que a la estimación personal concierne, él solía eludir toda expansión acerca de sí mismo, de sus costumbres y de los recursos con que contaba, como del régimen de vida a que se sometiera; pero sus compañeros de Club, especialmente los diez o doce de su mayor intimidad, hallábanse enterados hasta de los más mínimos detalles, y le admiraban más que pudieran compararle, pensando que cuando un joven de su empaque y su educación se conforma a vivir con modestia, siendo tan fácil explotar la juventud y la buena figura, es porque se posee la virtud de cercar de aspiraciones, y, por lo tanto, no se merece cosa mejor.

Pero en esto se equivocaban los que presumían de conocerle. Alberto era ambicioso; pero creía que el mejor camino para ver satisfechas algún día sus ambiciones, era el de someterse a una vida ordenada, mientras el Destino, favoreciendo sus planes, no hiciera cambiar su fortuna.

No sintiéndose con virtud para ejercer la carrera que por lujo había seguido, más atento a complacer a sus padres que a dar satisfacción a su gusto de poseer un título académico, y no creyéndose con dotes de constancia ni de aptitud para cumplir en un empleo, que hubiera podido conseguir fácilmente, parecióle lo mejor acomodarse a una existencia decorosa, más humilde en lo íntimo que en lo aparente, pues la mayor parte de sus recursos invertía en vestir con el cuidado y la elegancia propios del medio social en que vivía y en el que, por el atildamiento de su persona, nadie hubiera podido creer que sus rentas fuesen tan reducidas como realmente lo eran.

Además, alternaba frecuentemente en diversiones propias de su edad y su condición, siempre que no fuesen dispendiosas, y todos los veranos solía abandonar la corte para trasladarse a una playa, donde, por muy modesta que fuese su instalación, habría

de invertir una suma importante.

Lo que ignoraban sus amigos era que, precisamente para permitirse ese lujo, imponiase el sacrificio de vivir todo el año con una economía mayor de la que le hubiera sido precisa, si en sus planes no entrara este detalle de regalo en la misma proporción de importancia que otros de los que le consentían alternar dignamente en aquel mundo frívolo y engañoso.

Era así como Alberto pensaba ver satisfechas algún día sus ambiciones, valiéndose, para conseguir lo que su imaginación le hacía soñar, de hábiles medios obedientes a un meditado estudio y a planes concebidos con tenacidad y paciencia.

Y fué así como, al cabo, logró ver cumplidos sus anhelos de mejor modo que pudo imaginar su optimismo.

Uno de los veranos últimos trasladóse a San Sebastián y se instaló, como de costumbre, en un hotel de tercera categoría; pero frecuentando la playa, los paseos y las fiestas del Gran Casino, con su irreprochable vestimenta, to-

sobre sí la atención, la simpatía o la simple curiosidad de los veraneantes.

A veces, este privilegio es compartido, y otras no recae en persona que lo merezca. Las más, ocurre esto, porque es frecuente el caso de que las que con mayores motivos despiertan interés, por su hermosura o por su lujo, no sean las de vida más recatada y ejemplar.

Pero en el verano a que nos referimos no sucedía así. La que gozaba el privilegio de atraer la atención y el unánime comentario en la perla cantábrica era una joven, de familia honorable, aunque distanciada del mundo aristocrático.

Era la hija única de un opulento fabricante de utensilios de loza, que en su negocio habíase enriquecido, en términos tan enormes, que se aseguraba que su fortuna encasillábase por derecho propio entre los millonarios.

Huérfana de madre desde la infancia, la bellísima Irene Valdespino habíase educado en una sumptuosa pensión de Londres, y reintegrada al hogar paterno al

dos, de que no tenía por qué privarse ahora, queriendo atraer sobre su belleza y su juventud ilusionada la atención de los hombres y la envidia de las mujeres; lleno el pensamiento de quimeras que la fortuna le permitiría convertir en realidades, y el corazón de anhelos que su misma diversidad le impedía definir, la primera de las satisfacciones que hizo efectivas, con la impaciencia propia del que sólo pudo paladearlas en su vehemente imaginación, fué la de asombrar por la fragancia de su belleza, por su alegría indómita y por el lujo de sus «toilettes» en la playa elegida para sus primeros aleteos mundanos y sus primeras exhibiciones, de acuerdo con la bondadosa complacencia del padre, más dúctil que la propia arcilla, cuyo hábil manejo le enriqueciera, y que embobado con la deliciosa criatura, el más perfecto bibelot que había sabido fabricar, dotado de alma de que los otros carecían, sólo anhelaba verla feliz, dando cumplida satisfacción a todos sus caprichos.

Y por estos alarde suntuosos, aun más que por sus costumbres un tanto exóticas y despreocupadas, y por su alegría algo detonante, era aquel verano objeto de curiosidad preferente y de atención no exenta de censura, un poco despiadada y aviesa.

La femenina juventud del gran mundo habitual de aquella playa mirábala como a una rival invencible, reconociendo a regañadientes sus encantos que, no obstante, no creían que justificaran el hecho de que todos los hombres de la colonia veraniega, sin excluir a los que parecían más respetables por su edad y su posición, anduviesen de coronilla tras de la dichosa millonaria, sin duda, más prendados de su caudal que de su efectiva belleza.

A Irene, no sólo parecía halagarle ser objeto de aquella curiosidad envidiosa y de aquellas obsequiosidades de la galantería hombruna, sino que evidentemente encontraba una singular complacencia en permitirse un franco desdén y un atrevido coqueteo con sus admiradores, llevando su frialdad—al decir de sus nada indulgentes comentaristas—a extremos tan vituperables como el de conceder a sus pretendientes las más lisonjeras esperanzas para darse después el insano gusto de desairarles cruelmente.

Ya habían sido muchas las víctimas de aquel jugueteo peligroso, tantas como los aspirantes a las gracias de la donosa criatura, y aunque ello era el obligado tema de las conversaciones con que preferentemente entretenían sus largos ocios las señoras y señoritas veraneantes, el riesgo de formar



maríasele por el más encoquetado aristócrata.

Ayudaba a suponerlo así su arrogante figura, la natural distinción de su modales, hasta el gesto un poco cansado de su rostro atractivo, en consonancia con su manera de hablar displicente y con el aire irónico de su sonrisa.

*

En todas las playas de moda hay siempre una mujer que atrae

cumplir los dieciocho años, las costumbres adquiridas en el colegio, la convivencia con muchachas de nobles familias, y, más que todo, la convicción de su riqueza y los mimos de que su padre la hacía objeto, como a hija única, determinaron en ella un carácter altivo, independiente y caprichoso, en pugna con todo aquello que supusiese sumisión a otras voluntades, o sacrificio a otros deseos o conveniencias.

Ansiosa de libertad, de expansión, de gozos soñados y apeteci-

en el pelotón de los burlados no evitaba que los que aun no lo habían sido presentasen audazmente su candidatura.

El único de los que, conociéndola, parecía no haber caído en la tentación, como si los encantos de Irene no le hubiesen producido el deslumbramiento que a los demás, era Alberto Osuna, quien, mostrándose atentamente respetuoso con la joven, no sólo no la distinguía especialmente, sino que dedicaba a otras más galante atención, claro que porque esto hizo para ellas doblemente simpático y procuraban atraérselo a su partido, haciéndole observar, de pasada, lo imprudente de interesarse por una muchacha que había del amor un pasatiempo divertido, en el que el infeliz que se enredaba había de pagar las consecuencias de su insensatez al precio carísimo a que suelen pagarse estas cosas, cuando es tanta la ceguera que sin ver los peligros se llega al matrimonio.

Tan atinadas reflexiones tuvieron la virtud de acentuar la desconfianza que desde el primer instante inspiró a Alberto la conducta de Irene, cuya belleza lo había seducido tanto como la posición que disfrutaba, determinando en él un firme deseo de interesar a la chiquilla, apelando a recursos totalmente contrarios a los que utilizaban con tan adversa suerte sus vulgares adoradores.

Advertida pronto la indiferencia de Alberto Osuna, que por ser simulada era tanto más ostensible, causó el hecho a la caprichosa muchacha una inexplicable extrañeza y una franca contrariedad. Ella no podía ver, sin sentir mortificado su amor propio, que un hombre de tan distinguida figura y de tan atractivo semblante, que además tenía el don de cautivar con su amena charla, no se hubiera fijado en ella con la predilección singular de todos los que la conocían. Llegó a producirle verdadero disgusto ver que, no sólo no parecía inclinado a rendirle el vasallaje verdadero que rendían los demás a su hermosura, sino que la miraba con esa indiferencia cortés, con esa ceremoniosa frialdad que mortifica a las mujeres tanto como la franca antipatía.

Sin sospechar que aquella actitud desdeñosa del joven fuese un ardid, una habilidad maquiavélica para despertar su interés, Irene, ofendida en su orgullo vanidoso de mujer bonita, dispuesta a dominar por sus atractivos y por su fortuna, tanto como por la exquisitez de su educación, se propuso rendirle. Y como no lo consiguiera con los escarceos coquetiles que tan excelentes resultados le dieron con los demás, vió convertido aquel pueril deseo de su caprichoso carácter en una verdadera obsesión que a pesar suyo la dominaba, quitándole el sueño, el apetito y el buen humor.

Como ya le había sido presentado Alberto en el Casino, pudo, sin apelar a recursos audaces ni ajenos a la conveniencias, hablar con él, y recurriendo a todos los resortes de seducción que la sagacidad femenil discurre cuando de-

cide realizar en poco tiempo la conquista del hombre preferido, trató de envolverle en las redes fascinadoras de sus encantos, de su gracia juvenil y atrayente; pero él, con la más refinada cortesía y la más austera frialdad, mostrábase inflexible, como si hubiese formado el propósito firmísimo de no dejarse seducir, sin duda, temiendo ser una nueva víctima de la frivolidad de la bella millonaria.

Herida en su orgullo y en su vanidad de mujer por aquella actitud desdeñosa, y dispuesta a llegar a todos los extremos para no sufrir un descaballo en su amor propio, Irene aprovechó un nuevo encuentro en el salón de fiestas del Casino para afrontar el tema en los términos más concluyentes, en tanto que la música «di camera», tan favorable a estos diálogos, dejaba oír sus arrulladoras melodías.

—Escúcheme, Alberto... Yo le soy a usted muy antipática, ¿verdad?... Tenga usted la franqueza de confesarlo —espetóle Irene, de improviso.

—De ningún modo. Siento por usted una especial simpatía—respondió él.

—Entonces, ¿no soy de su gusto?

—Al contrario, me parece usted encantadora.

—Pero no tanto como para inspirarle un sentimiento más honrado que el de la simpatía, ¿verdad?

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque con todas es usted más galante que conmigo.

—Siempre se halla usted rodeada de admiradores, y siendo yo el más humilde, no pude suponer que me echase de menos en esa corte tan numerosa y tan selecta.

—Eso quiere decir que le disgusta que los demás me distingan con sus atenciones.

—No, señorita; ¿por qué ha de disgustarme?... No quiere decir otra cosa sino que el papel de coleccionista no me seduce, aun siendo tan importante como en este caso lo es, teniendo la misión de cantar alabanzas merecidas a la belleza.

—No puedo agradecerle la galantería con que encubre usted su despecho. De sus palabras deduzco que si yo no fuese amable con los demás, usted se sentiría mejor dispuesto a serlo conmigo.

—Le aseguro a usted que no puede mortificarme verla tan obsequiada, porque para ello sería preciso que existiese alguna razón.

—¡Ah!... Naturalmente.

—Y no existe ninguna.

—Debo creerlo, sí, aunque su franqueza no suene en mis oídos a lisonja.

—Digo que no existe ninguna porque yo no soy hombre que guste de ilusionarse con imposibles.

—Explíquese.

—Hay en la vida muchas cosas cuya posesión puede constituir la felicidad; pero cuando no es posible alcanzarlas, se es menos infeliz sabiendo renunciar a ellas. Esto, que parece un egoísmo, en realidad es una virtud.

—¿Y qué es lo que no puede alcanzarse en la vida?

—¡Tantas cosas!

—No me explico que un hombre joven, sin duda lleno de optimismo y de entusiasmo, pueda pensar sinceramente que en la vida haya cosa realmente inasequible para él.

—Todo aquello que no depende de su voluntad, que no puede lograrse con el esfuerzo propio. El amor, por ejemplo. ¿De qué serviría que uno, apelando a todos los recursos de su ser, se obstinase en hacerse amar por quien no le quisiera?

No muy segura de la intención de sus palabras, Irene se le quedó mirando, inquisitiva, antes de contestar.

—¿Y usted opina que no hay recursos para vencer esa resistencia?

—En la voluntad del hombre, no. Los hay en la de la mujer, que dispone de armas mucho más poderosas.

—Armas inútiles cuando se esgrimen contra la antipatía o la indiferencia. Son más eficaces las de ustedes.

—Nosotros carecemos de armas. Fijemos de conquistar por el efecto de nuestra presencia, de nuestro físico agradable, si acaso por la donosura de nuestra palabra, ya que otros méritos más efectivos, como la bondad, la inteligencia, la cultura, el desinterés, las ideas elevadas y la nobleza de los sentimientos no suelen ser prendas estimadas en mercado de la vida.

—Tampoco es muy galante considerar tan frívolo a nuestro sexo, sin excepción.

—Hay excepciones, no lo dudo, aunque no sean numerosas. Pero no me negará usted que el hombre que no tenga la suerte de agradar por su físico luchará en vano, si se obstina, en vencer por la bondad de sus cualidades.

—Es posible. Pero nos apartamos del tema. Decía usted que lo que se juzga irrealizable, aun constituyendo la soñada felicidad, no debe perseguirse.

—Es claro. Si se tiene la convicción de que no se ha de alcanzar nunca, ¿a qué obstinarse?

—Yo no pienso lo mismo. La dificultad, el obstáculo, me enardecen. Si yo cifrara mi ventura en un imposible, creo que lo perseguiría con tanto tesón que al cabo llegaría a alcanzarla.

—Sería entonces un imposible... posible.

—Es que en amor no creo en el imposible absoluto.

—Yo, sí.

—Póngame un ejemplo.

—Que usted, bella, solicitada, gozando de una posición que le permite todas las satisfacciones de la vida, se enamore de un hombre humilde...

—Si fuese bueno y de mi gusto, ¿por qué no?

—Iba a añadir: de un hombre humilde, que aspirase a ser amado por sí mismo y que fuese tan puritano que no aceptase otra posición que la suya, la que pudo conquistarse por su propio esfuerzo. Es decir, que impusiese como condición que usted descendiera hasta él, renunciando a todas las satisfacciones que le proporciona su riqueza, para gozar únicamente

de las que a él le fuera dado proporcionarle.

—Ese hombre me parecería muy digno... pero muy tonto. ¿Por qué habría de renunciar a lo que de derecho le corresponde al casarse con la mujer amada, que le hace partícipe de sus bienes muy gustosa? No creo que existan hombres así.

—Yo, aunque el más humilde, soy uno.

—Si estuviera usted enamorado pensaría usted de otra manera.

—Estándolo hasta no poder más renunciaría a la mujer de mis sueños, seguro de que no había de someterse a semejante sacrificio, aunque ello me condenase a dicha perpetua.

—Pero ¿por qué?... No acierto a comprenderle.

—Existe en los humildes un sentimiento tan sutil de delicadeza que se parece muchísimo, o lo arraigado, al orgullo de los poderosos. Este sentimiento, que usted dichosamente desconoce, pero cuya fuerza es muy grande, nos hace pensar, a los que participamos de él, que si hemos tenido la desgracia de enamorarnos de una mujer a quien la Fortuna situó muy por encima de nosotros, debemos conformarnos con adorarla en el silencio de nuestras ilusiones irrealizables para que nuestra desdicha no se confunda con la desaprensión de los despreciables buscadores de dotes... Solamente existiría un medio para evitar esta suspicacia, con la que la pureza de nuestro espíritu no puede transigir: que ella fuese capaz del sacrificio de su fortuna. ¿Y a qué mujer sería lícito y prudente pedirle un sacrificio semejante?

—Yo sería capaz de aceptarlo por el hombre que amara.

—Si no se molestase usted por mi sinceridad, le diría que no le creo.

—De modo que usted me juzga egoísta.

—No; es que me parece imposible que una mujer, habituada a los dones de la fortuna, renuncie a todos los gozos materiales por el amor, cuando hasta del amor puede gozar sin prescindir de ellos, si se fija en un hombre libre, de esos sutiles escrupulosos de delicadeza, que los hay con más poderosos atractivos sin duda.

—¡Qué sé yo, amigo mío!... Me deja usted absorto. No hubiera imaginado nunca que existiesen hombres así.

No pudo continuar la interesante charla. Acabado el concierto vino el padre de Irene, con su semblante orondo de hombre satisfecho, en busca de su hija; uniéronse otros amigos de aquella corte bulliciosa que rodeaba a los millonarios, y Alberto se despidió cortésmente de todos, no sin que Irene, al estrechar su mano, y reteniéndola y apretándola un poco más de lo que pide el ceremonioso cumplimiento, le dijera muy insinuante:

—Hemos de continuar esta conversación, que me interesa mucho.

A Alberto también le interesaba. Más de lo que pudo suponer, por-

que le reveló que su simpatía por Irene, si tuvo por primer fundamento un cálculo mezquino, afectaba más tarde a su corazón de un modo que le sorprendía por lo inesperado y lo intenso.

Y no era cosa de sucumbir como un novato con aquella muchacha, que a lo mejor no hacía otra cosa que tenderle una red más tupida que la que con los otros empleara, dispuesta a pescarle sin salvación posible, dándose luego el gusto de hacer la burla tanto más sangrienta cuanto mayor había sido el esfuerzo desarrollado en la conquista.

Tuviera que ver que su sagacidad de hombre taimado sufriera una deplorable derrota por el ingenio femenino, alevosamente disfrazado de ingenuidad de una chiquilla sin experiencia!

*

Pocos días después reanudaron la interesante conversación en la playa ardiente de la Concha, bajo el toldo en que ella reunía su mocril tertulia matinal, en tanto que el padre, en sitio cercano, charlaba de cosas serias con los amigos, sin preocuparse del cuadro luminoso del mar azul, que venía a deshacer el encaje de sus olas en las arenas deslumbrantes, ni del magnífico espectáculo de recio colorismo que ofrecía la playa a aquellas horas en que los bañistas, sumergidos en las aguas, recibían la doble caricia confortante de éstas y del sol.

—Siéntese aquí, Alberto — brindóle Irene, indicándole sitio junto a ella, así que el joven cumplió la cortesía de los saludos—. Digo, si no va usted en busca de alguien que le interese más...

—No, señorita. Paseaba, sin objeto determinado, y ninguno más agradable que el de conversar con usted.

—Gracias por la fineza; pero no debe serlo mucho cuando en tres días no he tenido el gusto de verle.

—Estuve con unos amigos en Biarritz.

—¡Ah!... Eso es otra cosa. Se habrá divertido usted de lo lindo con aquellas francesitas tan espirituales y tan bellas.

—La playa es un encanto.

—¿Y las bañistas?

—Bastante preocupadas. No hay derecho a exhibirse tan al natural.

—¿A usted no le agrada eso?

—Como espectáculo, no deja de ser agradable; pero dice muy poco en favor del recato de las francesas. Una mujer que desconoce el sentimiento del pudor, carece del atractivo más poderoso que embellece su sexo.

—Y dígame usted... Ya de la conversación del otro día ni se acordará usted siquiera.

—¿Me cree usted tan frágil de memoria?

—Y persiste usted en sus opiniones puritanas?

—Son en mi sentimientos tan arraigados que no pueden cambiar.

—De manera que si yo fuese la mujer que hubiera tenido la suerte de enamorarle, aun constitu-

yendo su felicidad, ¿renunciaría usted a mí por ese vano escrípulo?

—Aun siendo usted.

—¡No, amigo mío! Sea usted franco. Alardea usted de sinceridad, y ahora no es usted sincero. Lo que ocurre es que no existe semejante enamoramiento; un enamoramiento verdad, de toda el alma.

—Yo no puedo sentirle de otro modo.

—Pero hasta ahora no lo ha sentido usted. Si lo sintiera, cambiaría. Dicen que el amor es sacrificio..., y usted no está dispuesto a sacrificarse.

—¿Le parece a usted pequeño renunciar a la mujer que se adora secretamente, a la que no se olvidará nunca, a la que estamos seguros de que sería nuestra felicidad?



—Por una preocupación tan ilógica que difícilmente hallaría usted quien la comprendiese. No lo puedo creer.

—No lo extraño. Estos sentimientos tan suspicaces sólo son propios de los humildes.

Hubo una pausa. Se miraron en silencio, y, de pronto, interrogó Irene, clavando en los ojos del joven la luz misteriosa de sus pupilas negras:

—¿Y si una mujer, más enamorada sin duda, estuviese dispuesta a sacrificarse?

—¡Oh!... Entonces...

—¿Qué?... ¡Diga!

—¡No es posible ilusionarse con tal ideal!

—¿Cómo que no?

Una nueva pausa. Con los ojos bajos e intenso rubor en las mejillas, en voz insegura y muy quedada para que sólo llegase a sus oídos, Irene murmuró:

—Yo le quiero a usted, Alberto, y si usted me quisiera con toda su alma, como usted asegura que únicamente sabe querer, estaría

dispuesta a ese sacrificio... y a todos.

La caricia de su voz, la dulzura deliciosa de la promesa produjeronle un escalofrío.

—¡Irene, por Dios!...—pudo bisbisear—. ¿Y usted se ha dado cuenta de lo que ha dicho?

—Que le quiero, sí. Más, mucho más que usted, puesto que estoy dispuesta a someterme a todos sus deseos, mientras que usted no sacrifica su orgullo a su amor.

—¡Pero si es que eso no es posible!... Usted no lo ha reflexionado. Un impulso de su cabecita caprichosa, de su voluntad nunca contrariada, le hace querer ahora como una felicidad segura lo que después le sería aborrecible, lo que no podría usted soportar, pasada la satisfacción de ese... capricho.

—¡Le juro a usted que no! Lo

y yo muy egoísta si la aceptara. Estamos separados por un abismo verdaderamente insondable, y sería una insensatez, una locura, intentar franquearlo.

Irene clavó en los ojos de Alberto una mirada suplicante; pero como si esclarecido súbitamente su cerebro la hiciese arrepentirse de su humillación, irguiéndose su altanería, dijo con tono de reproche:

—Es decir, que me desaira usted; que no me considera digna de ese grande y noble amor de su alma.

Y aun a despecho de su voluntad, sus ojos bellísimos se nublaron con dos lágrimas ardientes que no pudo reprimir.

—¡Irene!

—¡Basta!... No hablemos más de ello.

—La he ofendido sin querer... Sentiría mucho que lo creyese.

—Sí. No sólo me ha ofendido, sino que me ha causado la primera desilusión de mi vida. Me ha herido usted con una crueldad que no merezco.

—Perdone mi sinceridad.

—Perdono su ofensa y su desprecio, pero no los olvidaré nunca. ¡Adiós!

Y levantándose bruscamente fué a reunirse con su padre, que la acogió con su sonrisa bondadosa, bien ajeno a la sensación de angustioso despecho que ella experimentaba.

*

Alberto se quedó un poco desconcertado. Sin duda habíase excedido en sus propósitos. Tal vez habría juzgado injustamente a aquella muñequita adorable.

En la soledad de su estancia, pensando en esto, sonrió. Lejos de azar del juego la aseguraba. Era, comprometer la partida, a que el sin duda, algo más hondo de lo que el suponía el sentimiento que había logrado inspirar a la joven. Por lo visto, bajo aquella frivolidad de niña mimada y caprichosa, latía un corazón sensible, cuya absoluta conquista era ya cosa descontada, porque cuando una mujer vanidosa y altiva, que jamás creyó encontrar frente a su capricho una voluntad firme, abdicaba y se sometía en absoluto y sin vacilación, era que sin duda había llamado formalmente el travieso Cupido al santuario de su alma, haciéndola sentir un amor verdadero.

Por satisfacer un vano impulso de vanidad femenil, una muchacha de sus condiciones, de su carácter y de sus costumbres no se decide a formular una declaración tan categórica, arrojando el peligro de verse desairada, ni se muestra decidida a humillarse, como Irene lo había hecho, ni en la lucha de su amor propio, con los anhelos de su corazón, deja rendir aquél por la ternura que hace ascender lágrimas a sus ojos.

No. Irene no era una chiquilla casquivana, frívola y coqueta, como hacía creer su poco juicio, sino una mujercita capaz de ofrecer una ventura placentera al hombre que uniese a ella su destino.

Entonces esto era más de lo que él buscaba. La felicidad en consorcio con la riqueza, porque si sobre la hermosura que había logrado cautivarle, poseía aquellas insospechadas condiciones de sensibilidad, que podían transformarse en pasión vehemente y honda, más que con las satisfacciones de la fortuna, podría ilusionarse con las embriagueces de un amor dichoso.

Pensando así, Alberto sentía que flaqueaba la serenidad de su juicio, alterado por las dulces emociones que despertaban en su corazón, al conjuro de sus pensamientos; pero como no era un hombre impresionable, pronto la suspicacia renacía en él, haciéndole pensar que no era prudente fiarse mucho de aquellos optimismos.

—Se apartó de mí contrariada, ofendida — decía en sus coloquios—. Es posible que el orgullo pueda en ella más que el amor. Si es así, no es prudente esperar que me acoja con el mismo interés.

Y al pensarlo sentía Alberto una inquietud, una angustia que mortificaba su corazón, hasta entonces poco propenso a conmoverse.

Des, tres días sin verla en el Casino, ni en la playa. Aquello era alarmante.

En un impulso de despecho, zhabriase marchado para no sufrir el sonrojo de verle después de la última entrevista?

Sin duda. Había sido cruelmente rudo con ella.

Era ya media noche. Había salido Alberto a la terraza para respirar el aire fresco, porque en los salones luminosos, llenos de gente, hacía un calor inaguantable. Escuchaba el murmullo del mar, mirando las olas que se deshacían en mansos rizados espumosos en las arenas de la playa, bajo la luz suave de la luna.

De repente percibió un alito de perfume sutil, y, al volverse, vio ante sí a Irene, vaporosa, lindísima, entre las gasas crema de su vestido, que lo contemplaba en silencio, ruborosa y tímida.

—¿Usted aquí?

—Yo. Como usted no me busca... Como se pasa tan a gusto los días sin verme... ¿También en esto he tenido yo que ceder?

Y en seguida, cambiando de actitud y de gesto, resuelta, emocionada, como dejándose llevar de un impulso que no podía reprimir, echó los brazos al cuello de él, atrayéndole suavemente, con voz muy baja, en la que había palpitaciones de pasión, le dijo:

—Estoy loca, ¿verdad?... ¡Pero le quiero, le quiero! ¡No podría vivir sin usted, sin su amor, sea como sea!

Y le ofrecía su boca húmeda, encendida, pidiéndole un beso.

También era mucho más lo que sucedía en aquel instante de lo que él hubiera podido presumir en los momentos de mayor optimismo. Y no era posible que un hombre reprimiese la tentación embriagadora que se le brindaba. Alberto, con toda su seriedad no

pudo. Enlazó con sus brazos trémulos el talle de la joven y, dejándose llevar por la presión que ella ejercía, unió su busto al busto palpitante de ella, y sus labios a aquellos labios que a tal debilidad le invitaban.

—¡Somos novios, Alberto!... ¿Verdad que somos novios? — le dijo después, mirándole con fascinadora fijeza y oprimiendo sus manos.

El sonreía. Paladeaba la embriaguez que encendió su sangre al contacto de aquella fragante femineidad.

Y añadió Irene:

—Sí. Como quieras. Renuncio a todo, si es tu deseo, con tal de conseguir tu amor. Por nadie más que por ti lo haría. Si me lo hubieran pronosticado no lo hubiera creído; pero te juro que no vacilaré, que estoy firmemente resuelta.

—Y yo te lo agradezco. Quisiera poder demostrarte cuánta es la alegría de mi alma al oírte... Pero...

—¡Serías capaz de desairarme aún!

Y fué tal el espanto y el dolor de sus ojos, que Alberto se apresuró a decir para calmarla:

—¡No, no lo soy! Las armas de tu encanto, de tu belleza, de tu amor, vencen mi voluntad.

*

Y si habían tenido eficacia para vencer aquella resistencia de Alberto, no tan firme como ella imaginaba, ¿no había de tenerla para someter a su capricho la voluntad dúctil de su padre, siempre dispuesta a complacer a la bella criatura?

Efectuóse el matrimonio sin excesiva ostentación, y fueron felicísimos, porque si bien Irene, francamente dispuesta a acatar los deseos de su marido, no pensó en otra cosa que en hacerle dichoso, aquella indudable victoria que su belleza había logrado sobre la irreductible voluntad de él, espejanzóla con la idea de que, recurriendo a las armas aun más sutiles y eficaces, de sus halagos y sus mimos deliciosos, acabaría por anular todos los escrúpulos de su extremada delicadeza.

Como así fué, en efecto. No pudo sin duda resistir el amante espeso la eficacia de las dulces razones a que apeló Irene, y sometido en absoluto a su voluntad, dando pruebas de una resignación, de la que él no se hubiera creído nunca dotado, concluyó por aceptar la vida regalada y dichosa que correspondía al legítimo dueño de una millonaria enamoradísima, que al hecho de deberle la felicidad que la enloquecía, añadía la gratitud de verle sometido, por amor y sólo por amor, incondicionalmente a sus deseos.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

Sobre la paternidad

del

"Lazarillo de Tormes"

A Luis Astrana Marín.

A Diego Hurtado de Mendoza, hijo segundo del conde de Tendilla, varón ilustre, que tuvo por antecesores distinguidos poetas y soldados, tiénesele por el iniciador en España de la novela picaresca, y también por el autor de la titulada *El Lazarillo de Tormes*.

Conste, ante todo, que para nada me refiero a la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, de autor anónimo, que desmerece mucho de la primera; ni a otra *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, que apareció en París, en 1620, firmada por H. Luna, y que, aunque es más afortunada que la anterior, tampoco se iguala en mérito a aquella.

Nacido en Granada, en 1503, D. Diego Hurtado de Mendoza, dice que recibió sólida educación en el palacio de su padre, bajo la dirección del doctor humanista Pedro Martín de Angleria, y que después pasó a completar sus estudios a la Universidad de Salamanca, donde, al lado de eminentes maestros en Lenguas, Filosofía y Derecho, hizo apto para desempeñar difficilísimas misiones, representando a España en Viena como embajador, y en el Concilio tridentino.

Teniendo esto por cierto — que bien puede ser —, D. Diego no sería un impúber cuando pasó de Granada a Salamanca, porque antes ya nos dicen que recibió sólida educación en su casa.

Entremos ahora en el asunto principal de estas cuartillas.

La primera edición del *Lazarillo* — publicada en Amberes en 1553 —, según todos los tratadistas de literatura castellana, no apareció con su nombre. (Detalle muy importante.)

Sábase que se le disputó la paternidad de la obra en cuestión, aunque luego se dijo que fué escrita por él, y en tal creencia hemos vivido hasta ahora.

Pero en un tomo publicado en Madrid en 1523 — veinte años antes de la edición de Amberes, tenida por la primera —, y que está impreso con licencia y privilegio de su magestad para los reynos de Castilla y Aragón, y que contiene la *Propaladia* de Bartolomé de Torres Naharro y la vida del *Lazarillo de Tormes*, lo primero que se lee es esto:

«Yo, Juan Gallo de Andrada, secretario del Consejo de su magestad, doy fe que visto por los señores del Consejo de su magestad cierto auto proveído por los señores del Consejo de la santa y general Inquisición, por el cual alcanzó la prohibición que estaba puesta para no poder leer la *Propaladia* de Bartolomé de Torres Naharro, y la vida de *Lazarillo de Tormes*, y las obras de Christóbal de Castillejo...

A continuación se inserta la licencia de Felipe II para la publicación, y luego se dice:

«AL LECTOR.—Guardaron tanto la propiedad y pureza de la lengua castellana Bartolomé de Torres Naharro y Christóbal de Castillejo, secretario del emperador don Fernando, en las obras que compusieron, con aquella facilidad y llaneza tan pura...

Es decir, que se autorizó la impresión de las obras de Torres Naharro y las de Castillejo, que *estaban derramadas y perdidas de mal escritas, después de reformadas y limpias de todo lo que pareció ser de inconveniente*. Y entre ellas aparece el *Lazarillo*, sin hacer mención de quién fuese el autor, y como si en realidad perteneciera al glorioso autor de la *Propaladia*.

La portada dice así:

PROPALADIA
DE BARTOLOME
de Torres Naharro,
Y
LAZARILLO
de Tormes,

Todo corregido y emendado, por mandado del Consejo de la santa y general Inquisición.

IMPRESO CON LICEN
cia y privilegio de su magestad
para los reynos de Castilla
y Aragón.

En Madrid, por Pierres Costá.
MDLXXIII.

Yo no afirmo que el *Lazarillo* sea de Torres Naharro, el culto eclesiástico extremeño, aunque por las características del lenguaje y por la gracia, sencillez y amenidad muy bien pudiera ser tenido por hijo de Torres Naharro. Sí digo que no puede ser de

ADVERTENCIA

Recordamos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que en «ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados, ni mantener correspondencia acerca de ellos

Hurtado de Mendoza. Porque si en 1523, cuando se autorizó la impresión, se dijo que estaban prohibidas sus lecturas años había, y que para autorizarlas hubo que emendarlas de algunas cosas porque se habían prohibido y se le quitó (al Lazarillo) toda la segunda parte, que por no ser del autor de la primera, era muy impertinente y desgraciada, hay que suponer que, por lo menos, se escribió cuatro o cinco años antes, en cuyo caso, don Diego de Hurtado de Mendoza, nacido en Granada en 1508, tendría catorce o quince años de edad cuando escribió el Lazarillo.

Cosa de todo punto inverosímil, pues si cuando pasó a Salamanca fué a completar la sólida educación recibida en casa de su padre, hay que suponer que no sería un chiquillo, porque ningún chiquillo tuvo jamás sólida educación.

Además, como la acción de la novela se desenvuelve en esta última ciudad principalmente, el autor, indudablemente, vivió algún tiempo en ella.

No niego que el asunto de la novela en cuestión es baladí; pero tengo por maravillosos los tipos, costumbres y vicios de la época que en ella están tratados; el tema se desarrolla muy bien, y los caracteres están bien sostenidos. Esto, unido al estilo y al dominio del lenguaje, hace suponer que el autor no podía ser un chiquillo, sino un hombre experimentado y de más seso del que puede tenerse a los catorce o quince años.

Tú, querido Luis, competentísimo erudito, investigador de muchos secretos de nuestra literatura clásica, a quien tanto debe y deberá la patria cuando conozca tu *Epistolario de Quevedo*, pronto a salir a luz, eres el indicado para aclarar y resolver estos puntos, sin mengua del buen nombre que D. Diego Hurtado de Mendoza dió a las Letras, más que por sus obras originales, por las que aportó de griegos y latinos.

En tus manos encomiendo este trabajo. Que bien sabe a quién se lo encomiendo tu devoto y hermano en devoción al inmortal señor de la Torre de Juan Abad.

Victorio de ANASAGASTI

Madrid, agosto de 1924.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.-MADRID.-Apartado 502

ÚLTIMAS NOVEDADES

JOSÉ FRANCES

«La danza del corazón» novela 5 ptas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO:

«El rapicamento de la Novela» crítica 5 »

A. HERNÁNDEZ-CATÁ:

«Libro de Amor» novela 5 »

ANTONIO MACHADO:

«Nuevas canciones» 5 »

VERLAINE

«La buena canción» traducción de D. Canedo 4 »

«Antaño y ayer» idem de Baecarisso 4 »

GUIDO DA VERONA:

«El libro de mi sueño errante» novela 5 »

En todas las librerías y en la = CASA DEL LIBRO = Pi y Margall, 7 (Gran Vía)

DEL PEREGRINAJE

I

¡Flores que se mustiaron en un otoño gris,
al beso, sin aroma, de una vez tempranal...
Diríase que vivimos ahora en otro país,
y, en un ensueño amargo, otra vida lejana.

El corazón nos duele como una espina de oro
que nos clavó un dios bueno por equivocación;
y mana de él su esencia en un caudal sonoro,
en que el llanto sonríe y bora la canción.

El pasado proyecta su luz artificial
sobre el presente triste, monótono y baldío;
y a la deriva flota nuestro barco ideal
como sobre las aguas de un caprichoso río.

II

¡Cuántas sendas abruptas y tortuosos caminos
y ciudades sin luz y tadiosos desiertos!...
¡Ir, ciegos, de la mano de los malos destinos,
entre los hombres vivos, que más parecen muertos!...

Andar... Y siempre a cuestras el fardo de dolor,
que nos echara el solo delito de vivir.
Huérfanos de la dicha, huérfanos del amor,
cuando apenas se llega, al punto hay que partir.

Y así siempre—poetas, obreros, luchadores—,
regando la existencia con la existencia misma;
hasta que nuestro sol ponga sus resplandores,
como ese que en los cielos de la tarde se abisma.

Elidoro PUCHE

PALABRAS DEL MAESTRO

El amado de la noche

Y me dijo el Maestro: —Ven conmigo, amado, porque voy a llevarte en esta tarde azul a pasear por las alamedas rumorosas y calladas del parque de la Vida.

Sobre el aliento de los mundos dispersos agonizaba la luz.

El Maestro era alto, arrogante y todo el resplandor caía sobre su busto magnífico, dorándole con un beso inmortal.

Y entonces me acordé que en el camino de mi vida, siempre aspero, antes de llegar a la Ciudad-Sirena, en los crepúsculos embrujados, las crestas de las montañas eran revestidas del oro motriz.

¿Acaso el Maestro era uno de aquellos gigantes pétreos, en cuyo pecho secular hicieron un día su nido las aves?

Y dije al Maestro:

—Extiéndeme la estrella de tu mano guiadora, porque en cada dedo veo prendido un astro.

Y él repuso:

—¿Acaso no te basta mi palabra?

En silencio, los dos nos encaminamos—ya bajo la sombra de la noche— hacia los parques de la Vida.

También un día Virgilio—pensé—guió al Dante a través del Infierno, del Purgatorio y de la Gloria.

Penetramos bajo el arco tallado de la entrada. Y por el único ca-

mino comenzamos nuestro paseo. A poco, éste se bifurcaba.

—¿Por qué brazo nos dirigimos?—interpelé al Maestro.

—Por cualquiera—contestó—. ¿Qué más da? Siempre tornaremos al lugar de la partida.

Seguidamente—ya en la noche—apareció un estanque. Un hombre remaba incansante, de pie, en una barquichuela.

No dije nada al Maestro. Yo había visto a Caronte.

Prendidos de la bóveda celeste, los luceros eran brillantes en el pecho etéreo de la gran diosa: la Noche.

Nos detuvimos. Invitaba a hacer una tregua la paz nocturna, el gran silencio que nos rodeaba y, sobre todo, un perfume desconocido que aromaba el ambiente.

El Maestro habló:

—Amado: Porque en mi tarde solitaria supiste llegar hasta mi celda aislada; porque en mis oídos cansados de voces viejas persiste la ingenua armonía de tu voz parvula; porque floreció tu sonrisa pura bajo el reguero de mi palabra luminosa, yo te he traído hasta este lugar en que hay rumores y silencios, carcajadas y llantos, para que escuches la voz de la Vida. Tú eres el amado predilecto, el discípulo sin mancha, cuyas sandalias no cruzaron aún ningún sendero. Digno eres de que

te ame la que sirvió de modelo para la Venus Eucartes, la que fué la perla de Corinto.

Calló. Y sobre el silencio que se hizo pareció quedar flotando el espíritu del verbo armonioso de Maestro, la cadencia de su voz, la fragancia de su palabra.

Proseguimos. El manto del Maestro era de plata, bajo el resplandor de las estrellas.

Y de pronto nos encontramos rodeados de ruidos ocultos, de rumores inciertos, de voces aisladas.

Se detuvo el Maestro y me dijo:

—Aquí comienza la vida, amado.

En su rostro extraño se dibujó una sonrisa amarga. Transcurridos unos momentos de silencio, habló:

—La vida no puede expresarse así, ¿verdad? La vida debiera consistir en una suave armonía, en un conjunto de partes proporcionadas y bellas.

No se oían nuestros pasos porque el rumor los apagaba.

¿Cómo el Maestro vagaba desapercibido por aquellos senderos? ¿No era él, acaso, el alma de todo lo perfecto, el anhelo hacia toda idealidad? ¿Cómo las almas no se detenían para besar su manto arañado y escuchar su voz serena?

La Vida le dejaba discurrir sin entregarsele plenamente.

De pronto se apagaron todas las voces. Se extinguieron todos los rumores.

Nuevamente apareció el arco tallado de la gran puerta.

Y el Maestro me dijo:

—Amado: Ahora vete solo por el otro parque de la Vida...

PUERTAS DE RAEDO

LIBROS RECIBIDOS

Cuentos de vida y amor.—Sobradamente conocida es la personalidad literaria de Vicente Díez de Tejada. Desde hace varios años esta firma aparece asiduamente en revistas de gran importancia. Su modo de narrar es cautivador y hace que multitud de personas de depurado gusto sigan paso a paso su labor.

Bajo el título de *Cuentos de vida y amor* ha reunido Díez de Tejada unos relatos interesantísimos. Este volumen ha sido puesto a la venta por una Casa editorial de Barcelona a un precio reducido, y obtendrá seguramente un gran éxito de público.

La emoción desconocida (novela), por J. Ortiz de Pinedo.—El notable escritor, que tan bellas obras ha dado ya a la estampa, reverdece sus laureles, tan legítimamente conquistados, con esta nueva novela que acaba de publicarse.

El interés de la fábula y la elegancia del estilo, admirablemente hermanadas, determinan que toda la obra se lea de una vez con verdadero deleite, porque el lector encuentra, al paso que avanza en su lectura, motivos suficientes para que su curiosidad no desmaye ni un momento hasta el final.



¡MUJER!
BELLEZA. - PLACERES. ILUSIÓN...
SELO YER
SALUD. ALEGRÍA. BIENESTAR...
 Suprima usted los dolores nerviosos
 y será usted dichosa

CARLOS COPPEL



Fuencarral, 27